

Numéro 8, création

Microficciones

Raúl Brasca

Citation recommandée : Brasca, Raúl. "Microficciones". *Les Ateliers du SAL 8* (2016) : 213-216.

Cinco palomas

Después de que no respondí la afrenta recibida, la condena de mi padre fue silenciosa pero evidente. Sentí su rechazo y, como otras muchas veces, necesité hacer lo que esperaba de mí. Le dije que partiría y él, como quien concede una última oportunidad, me dio su caballo más veloz y las cinco palomas mejor entrenadas de su palomar: de alguna manera quería presenciar mi venganza.

Atravesé bosques, crucé ríos y montañas. Más de una vez pensé en abandonar, pero el alboroto incesante de las palomas era un mandato que me obligaba a seguir. En un pueblo me dieron noticias de alguien que se parecía a quien me había infamado y al fin pude soltar la primera con la noticia. Fue un alivio. Solté la segunda apenas confirmé que estaba en el buen camino: *sí, es él, la venganza está a pocos días de cabalgata*. Mi impaciencia por librarme de ellas hizo que la tercera partiera antes de lo debido; apenas con un indicio escribí: *sé dónde está, estoy muy cansado pero no me rendiré*. Quedaban sólo dos y, sin embargo, apremiaban como si fueran cien. Atormentado, solté la cuarta sin novedad que lo justificara: *pronto no tendrás que avergonzarte de mí*.

El infeliz a quien perseguía palideció al verme. Antes de que se humillara y me diera pena le dije: "No quise ni quiero responder a tu ofensa porque ella no me alcanzó, pero tengo que matarte para dar paz a mi padre". Luego, escribí el quinto mensaje: *tu honor está a salvo*. Y mientras la última paloma volaba veloz con la ilusión del hijo recobrado yo, domando remordimientos, cabalgaba sin prisa en el sentido opuesto.

El cuerpo del delito

Hay que ser Dios para cometer incontables homicidios, llevarse las almas al más allá y dejar impunemente los cadáveres aquí a la vista de todos. Los que no lo somos, nos cuidamos de hacer desaparecer el cuerpo del delito y para eso, lo más seguro es ocultarlo en otro mundo. El homicida que concibió Gómez de la Serna, por ejemplo, arrojaba los cadáveres al espejo, al trasmundo, allí donde nadie iría a buscarlos. Más admirable todavía, es el ardid que usó el asesino del filósofo Chuang Tzu: dejó el cadáver en el mundo del sueño y puso al filósofo en el cuerpo de una mariposa, procurándole así unos pocos aleteos de

sobrevida. Con eso no sólo confundió al mismísimo Chuang Tzu sino que, antes de que muriera del todo, le hizo formular el famoso dilema con que él se volvería inimputable.

Revolución canina

El perro subversivo instaba a sus congéneres guardianes y lamedores de manos a alzarse contra el opresor ignorando la sentencia que impone que "el perro es el mejor amigo del hombre", acuñada por los humanos, decía, en beneficio de sus espurios intereses.

Cuando un amigo se va

1

Me levanté esta mañana y Juan, Pedro y Gabriel, me llamaron Néstor. Les recordé que soy Carlos. Pero insistieron en llamarme Néstor y llamarse entre ellos por otros nombres. Me contaron la historia de nuestra amistad, pero no es la que yo recuerdo. Me aburrieron.

2

Se levantó esta mañana llamándose Carlos, hasta ayer había sido Néstor. Fue inútil que Tomás, Lucas y yo, sus amigos, le recordáramos su nombre, los nuestros y la historia en común. Nos llama por otros nombres y la historia que cuenta no es la que recordamos. Su versión no nos gustó.

Del tiempo y la literatura

El monje que por regalo divino había vivido trescientos años en tres minutos embelesado por el trino celestial de un pajarito se aficionó al viaje temporal y retrocedió al origen de la vida en la máquina del tiempo. En ese virginal paisaje mató sin querer una mariposa y cuando regresó, dos segundos después en tiempo actual, notó que el presente había sido corregido y gobernaba un cruel tirano en lugar del buen hombre que había ganado las elecciones al momento de iniciar su viaje. Dedujo que la muerte de la mariposa había alterado irreversiblemente la cadena evolutiva y que un sutil cambio en la naturaleza humana había torcido las preferencias de los electores. Alterado, quiso distraer su culpa y se hizo músico con el nombre de Johnny, pero estaba preso en un mundo de relojes locos y decía cosas como "esto lo estoy tocando mañana". El tirano, que no toleraba excéntricos, mandó que lo asesinaran y él, para protegerse

mientras dormía, hizo que un ciego le pintara en los párpados los caracteres jázaros que matan apenas se los lee. Fue mala idea: lo aterraba el recuerdo de la princesa Ateh, a quien le habían puesto delante un espejo que adelantaba y otro que atrasaba y murió en el acto al leer los signos fatales entre dos parpadeos. Transido de miedo, torturado por el arrepentimiento y sin coraje para suicidarse, se dejó seducir por el diablo que lo transportó cien años al futuro, aduciendo que para entonces no quedarían rastros de su nefasto viaje a los orígenes. En efecto, no encontró vestigios de su paso por el mundo, pero igual perdió su alma, como Enoch Soames.